

## La realidad en Freud. Apuntes para una dilucidación metateórica

HÉCTOR BLAS LAHITTE -  
MAXIMILIANO AZCONA

### 1. *Los supuestos en la actividad científica*

“La ciencia, como el arte, la religión, el comercio, la guerra y hasta el dormir, se basa en *presupuestos*. No obstante, difiere de la mayoría de las otras ramas de actividad humana en esto: no sólo los senderos por los cuales discurre el pensamiento científico están determinados por los presupuestos de los hombres de ciencia, sino que el objetivo de estos últimos es la comprobación y revisión de los viejos presupuestos y la creación de otros nuevos” (Bateson, 1979: 35).

Este trabajo forma parte de un recorrido de investigación que apunta a la elucidación de los supuestos ontológicos y epistemológicos que subyacen al método de investigación de Sigmund Freud.

Partimos de considerar que en el nivel de análisis de los supuestos básicos de toda empresa científica, no sólo intervienen *hipótesis científicas* (sea cual fuere el criterio de demarcación adoptado) sino también conjeturas metafísicas y gnoseológicas, implicancias lógicas, posicionamientos éticos y juicios estéticos. A medida que “descendemos” en los niveles de fundamentación del conocimiento, nos acercamos a conjeturas mayormente invisibilizadas (no explicitadas) y, en gran parte por ello, menormente justificadas (aceptadas y compartidas con menor ejercicio de reflexión autocrítica).

Independientemente de la adecuación posible del concepto de *paradigma* (Kuhn, 1962) al dominio de las ciencias de lo humano, la idea de una invisibilidad sacra respecto de ciertos presupuestos que guían la actividad científica en determinados momentos, aparece con gran poder explicativo y plenamente vigente en todo dominio cognoscitivo.

El *estatuto de la realidad* y la *naturaleza del conocimiento válido* constituyen dos tópicos clásicos de diversas disciplinas cuya órbita no parece reducirse a una perspectiva filosófica.<sup>1</sup> Razón por la cual se ha enriquecido la calidad de las propuestas tendientes a construir respuestas viables.

El campo de las ciencias de lo humano y el psicoanálisis en particular, han sido atravesados por diferentes perspectivas a nivel de tales presupuestos, cuyo resultado es la fragmentación exponencial. Sin dejar de reconocer que las tendencias a la unificación responden más a cierto imperativo meta-científico<sup>2</sup> antes que a una necesidad disciplinar, podemos considerar como problemático el escaso grado de explicitación que las distintas orientaciones psicoanalíticas a menudo realizan de los supuestos que guían sus actividades de investigación.

En lo que sigue intentaremos situar ciertos pasajes de la obra de Freud a los fines de dilucidar, a partir de ellos, el singular posicionamiento que subyace en torno a la *realidad*, el *conocimiento* y la *verdad*.

## 2. Los supuestos freudianos

En primer lugar debemos mencionar que Freud nunca se ocupó directamente de epistemología ni de gnoseología, quizás por su antinómica relación con la filosofía, quizás porque estos problemas no eran prioritarios en la “agenda científica oficial” de la Viena de su tiempo. Lo cierto es que hay razones para pensar que Freud estaba interesado en los problemas aquí abordados y que mantenía cierta posición al respecto; aunque, como se verá, dicha posición no haya sido lo suficientemente explicitada por él mismo. Se intentará mostrar que su postura no es homogénea ni está exenta de contradicciones. Analizaremos de qué modo se resuelven en su propuesta teórica ciertas dicotomías existentes en su tiempo: pretenderemos elucidar el contorsionismo teórico que Freud realiza para proteger la objetividad (valor supremo de la cientificidad moderna) al mismo tiempo que para defender el lugar del sujeto (factor despreciado por

---

<sup>1</sup> Si bien han sido históricamente considerados como *problemas filosóficos*, actualmente existen disciplinas que los abordan desde diversos ángulos: la biología experimental, la cibernética, la antropología cognitiva y la teoría general de sistemas son algunos ejemplos.

esa forma de hacer ciencia) en la configuración de la realidad y, consecuentemente, de su conocimiento e intervención.

## 2. a. *La realidad freudiana*

“Una cosmovisión edificada sobre la ciencia tiene, salvo la insistencia en el mundo exterior real, esencialmente rasgos negativos, como los de atenerse a la verdad, desautorizar las ilusiones” (Freud, 1933: 168).

En este primer apartado pretendemos defender la idea de que la posición ontológica de Freud aparece estrechamente vinculada al realismo.

Entenderemos por *realismo ontológico* a la tesis que afirma la existencia de entidades en sí mismas, es decir con independencia del conocimiento posible. Es una posición acerca del modo de existencia de las cosas: con independencia de las ideas o representaciones que se tengan de ellas.<sup>3</sup> Para el realismo ontológico, entonces, las entidades existen previamente a ser conocidas: preexisten, en sí mismas, a todo proceso de cognición. Como puede advertirse, el realista ontológico se compromete con la existencia de esencias y/o clases naturales fijas e independientes de toda teoría: si las cosas existen independientemente de nosotros, lo hacen con propiedades que les son inherentes.<sup>4</sup>

Teniendo en cuenta la producción escrita de Freud, vemos aparecer una temprana referencia al problema de la realidad en su texto *Proyecto de una psicología*, en donde esboza una distinción entre “realidad del pensar” y “realidad externa” (Freud, 1895: 421); distingo que será retomado posteriormente bajo el binomio “realidad psíquica” y “realidad material” en numerosas oportunidades. Dualidad ontológica que podría

---

<sup>2</sup> Recuérdese, por ejemplo, los cánones positivistas de la “Enciclopedia de la ciencia unificada”, propuestos por el Círculo de Viena; o la desgastada quimera de “El Método Científico”.

<sup>3</sup> Como puede advertirse, en este sentido, realismo se opone a lo que tradicionalmente se ha denominado idealismo.

<sup>4</sup> Resulta evidente que esta caracterización implica la separación de entidades que “existen realmente” de las que no. El tipo de entidades a las que se le atribuye esta forma de ser, varía según el tipo de objetos que se considere: hay quienes consideran que sólo existen las entidades numéricas (platonismo), otros sólo admiten la existencia de los datos de los sentidos, etc. Para un examen detallado de este problema, cf. Kukla (1998).

considerarse como el reflejo de los ideales científicistas de objetividad y materialismo, predominantes en la Viena de fines del siglo XIX.

Unos años más tarde, en el texto inaugural del Psicoanálisis, Freud nos dirá:

“yo no sé si a los deseos inconcientes hay que reconocerles *realidad* [...] la realidad psíquica es una forma particular de existencia que no debe confundirse con la realidad *material*” (Freud, 1900: 607).

Vemos en la cita que Freud no le niega a las fantasías inconcientes el atributo de la existencia; sin embargo, tras el abandono de la teoría etiológica del trauma,<sup>5</sup> se ve en la necesidad de reubicar diferencialmente a los *hechos* de la *fantasía* en otro nivel ontológico. Las fantasías “también poseen una suerte de realidad [...] Ellas poseen realidad psíquica” (Freud, 1916: 336). En las conceptualizaciones etiológicas posteriores a esa teoría del trauma como hecho fáctico, se le otorga un valor privilegiado a las fantasías, en desmedro del intento de hallar hechos empíricamente acaecidos. No obstante, pese a que recuerdos y fantasías serán portadores del mismo valor etiológico, Freud defiende la división entre el objetivismo materialista de los hechos y el subjetivismo psíquico de las fantasías. La nominación de *encubridores* a aquellos recuerdos que falsean la objetiva realidad de los hechos pasados (Freud, 1916: 183) es una clara expresión de ello. Con esto vemos que lo cuestionado por Freud no es la existencia misma de la realidad del pensar o fantasía, sino el estatuto ontológico de su referente: el contenido de la fantasía no refiere a un hecho sucedido exactamente del modo en que se lo recuerda. Dicho de otro modo, lo aseverado es la independenciam que la fantasía/recuerdo puede lograr con respecto a la realidad material externa.<sup>6</sup>

El papel central que le fuera otorgado a esta dualidad pivotea en todas sus conceptualizaciones. En el artículo *las neuropsicosis de defensa* (1894), nos habla de

---

<sup>5</sup> En una de sus conceptualizaciones iniciales Freud sostuvo que el trauma se podía explicar como si fuera un factor ambiental que invade el yo y que no puede ser manejado satisfactoriamente por elaboración asociativa. La seducción sexual acaecida en el pasado (inferida inductivamente desde los relatos de sus pacientes) era concebida como un hecho central en la cascada argumental. Freud reformuló pronto esta teoría de la seducción traumática como explicación etiológica de las neurosis.

<sup>6</sup> Freud llega a considerar que existe un bagaje de fantasías originarias (*Urphantasien*) que se transmite de manera filogenética. Esto explicaba parcialmente el hecho de que, de manera constante, el relato de los pacientes contenga un invariado núcleo sobre el que giran los contenidos fantaseados.

cómo el yo se defiende de una representación insoportable “mediante el refugio en la psicosis”:

“el yo se arranca de la representación insoportable, pero esta se entrama de manera inseparable con un fragmento de la realidad objetiva, y en tanto el yo lleva a cabo esa operación, se deshace también, total o parcialmente, de la realidad objetiva” (Freud, 1894: 60).

Argumento que encontramos reconceptualizado, treinta años después, en un breve texto titulado *Neurosis y psicosis*. Allí formula “lo que quizás es la diferencia genética más importante entre neurosis y psicosis: la neurosis es el resultado de un conflicto entre el yo y su ello, en tanto que la psicosis es el desenlace análogo de una similar perturbación en los vínculos entre el yo y el mundo exterior” (1924a: 155). Pero este *mundo exterior*, tiene un peso central en la etiología de toda neurosis de transferencia también: el yo emprende la represión por obediencia a los “dictados de su superyó”, “dictados que, a su vez, tienen su origen en los influjos del mundo exterior real que han encontrado su subrogación en el superyó” (ibíd.: 156). De modo que este “mundo exterior real” parece ser una referencia obligada en sus explicaciones causales:

“la etiología común para el estallido de una psiconeurosis o de una psicosis sigue siendo la frustración, el no cumplimiento de uno de aquellos deseos de la infancia [...] Esa frustración siempre es, en su último fundamento, una frustración externa” (ibíd.).

En 1924 Freud también escribe *Pérdida de realidad en la neurosis y psicosis*, en donde afirma que “el tajante distingo entre neurosis y psicosis debe amenguarse”, pues existe un “*mundo de fantasías*” del cual la neurosis toma “el material para sus neoformaciones de deseo, y comúnmente lo halla, por el camino de la regresión, en una prehistoria real más satisfactoria” (Freud, 1924b:197). “Así, para ambas –neurosis y psicosis–, no sólo cuenta el problema de la *pérdida de realidad*, sino el de un *sustituto de realidad*” (ibíd.).

Cabe decir que también en la constitución que Freud define como “normal” del aparato anímico, la injerencia del mundo exterior es de idéntico valor. El yo es definido como

“aquella parte del ello que fue modificada por la proximidad y el influjo del mundo exterior, instituida para la recepción de estímulos y la protección frente a éstos, comparable al estrato cortical con que se rodea una ampollita de sustancia viva. El vínculo con el mundo exterior se ha vuelto decisivo para el yo; ha tomado sobre sí la tarea de subrogarlo ante el ello y por la salud del ello, que, en su ciego afán de satisfacción pulsional sin consideración alguna por ese poder externo violentísimo, no escaparía al aniquilamiento. Para cumplir esa función, el yo tiene que observar el mundo exterior, precipitar una *fiel copia de este* en las huellas mnémicas de sus percepciones, apartar mediante la actividad del examen de realidad lo que las fuentes de excitación interior han añadido a ese cuadro del mundo exterior” (Freud, 1933a: 70; el subrayado es nuestro).

Nuevamente encontramos el compromiso con una ontología realista: existe un mundo exterior independiente y a priori de todo proceso representacional. Además de ello, el párrafo arriba citado muestra otras dos filiaciones del pensamiento freudiano; una a nivel teórica, el evolucionismo y otra a nivel metateórica: el empirismo gnoseológico. En primer lugar, parece ser que para Freud el yo es un producto de la evolución biológica: desde un punto de vista filogenético su surgimiento está ligado a una función de preservación del individuo y la especie.

En segundo lugar, el surgimiento de la instancia yoica debe cumplir esta función adaptativa copiando fielmente la realidad externa en el interior del sistema.

En el apartado siguiente expondremos algunas contradicciones del texto freudiano en lo referido a la posibilidad de conocer esa realidad externa. Pareciera ser que la tesis aquí sostenida respecto del yo copiando la realidad externa *fielmente*, es decir, tal cual ella es en sí misma, será cuestionada por Freud en otras oportunidades. En otras palabras, analizaremos las basculaciones del pensamiento freudiano entre dos posiciones inherentes a la posibilidad del conocimiento científico.

## 2. b. *El conocimiento freudiano*

Al Intentar precisar el estatuto epistémico del conocimiento para Freud, no debería olvidarse que es en la dimensión del conocimiento donde su propuesta teórica introduce un viraje radical para el pensamiento occidental. Dejando de lado la teorización que Freud hace sobre la práctica psicoanalítica y las vicisitudes del conocimiento en dicho dispositivo, aquí nos detendremos en la naturaleza del *conocimiento científico* para Freud. Nos guiaremos por el siguiente interrogante: ¿Qué entiende Freud por conocimiento válido?

### 2. b. 1. *El positivismo científico*

En principio y en base al último pasaje citado más arriba, podríamos considerar que Freud adopta cierta perspectiva perfilada hacia lo que ha sido denominado, tradicionalmente, como *realismo epistemológico*. Esta postura filosófica parte de una hipótesis que versa sobre la posibilidad de conocer ciertas entidades existentes independientemente de nosotros y tal cual ellas son en sí mismas. La idea de que el yo observa el mundo exterior y precipita una “fiel copia de este”, implica la hipótesis auxiliar de que el conocimiento producido es un reflejo del mundo. Según Freud, el pensar científico se distingue del pensar común porque

“su afán es lograr la concordancia con la realidad, o sea, con lo que subsiste fuera e independiente de nosotros” (Freud, 1933a: 156).

Es decir que, además, Freud pareciera ser partidario de una teoría correspondista de la verdad:

“Llamamos *verdad* a esta concordancia con el mundo exterior objetivo (*real*)” (ibíd.: 157).

Para Freud, *aquí* el conocimiento se define como copia de una realidad exterior e independiente, siendo la verdad algo definible por adecuación del enunciado con la cosa

(lo que ha dado en llamarse concepción semántica o aristotélica de la verdad y que a menudo se vincula al realismo en sus sentidos ontológico y epistemológico).

Además, advertimos que Freud se refería, en varios pasajes, a las construcciones de la ciencia como *descubrimientos*; es decir que la tarea de la ciencia es avanzar desvelando una verdad (única, reductible a lo material, objetiva y externa) que aparece cubierta, velada, existiendo a pesar de la ignorancia del sujeto cognoscente. Es esta conjunción lo que le permitía decir al vienés que las investigaciones del Psicoanálisis respecto de lo inconciente “descubrieron algunas de las leyes que lo gobiernan” (Freud, 1938: 288). En este sentido, uno de los problemas centrales de Freud fue cómo producir un conocimiento aproximadamente verdadero y universal respecto de su *descubrimiento*.

Advertimos que este horizonte de verdad y universalidad era propio de las ciencias naturales del siglo XIX; conjunto legitimado en el que Freud pretendió inscribir su psicoanálisis.<sup>7</sup>

Ahora bien, si por un lado Freud expresaba su adhesión a la metafísica positivista,<sup>8</sup> enmarcando su concepción epistemológica en una perspectiva realista, veremos que, por otro lado, parecía comprometerse con una postura distinta.

### 2. b. 2. *El agnosticismo gnoseológico*

En lo que respecta a la posibilidad del conocer, parecen ilustrativas las referencias de Freud a Immanuel Kant:

“lo inconciente es lo psíquico verdaderamente real, *nos es tan desconocido en su naturaleza interna como lo real del mundo exterior; y nos es dado por los datos de la conciencia de manera tan incompleta como lo es el mundo exterior por las indicaciones de nuestros órganos sensoriales*” (Freud, 1900: 600).

<sup>7</sup> Resulta llamativo que, pese a las disputas ya instaladas entre ciencias de la naturaleza y ciencias humanas, Freud no intervenga en tal debate y ubique al psicoanálisis como formando parte de las ciencias naturales (Assoun, 1982).

<sup>8</sup> Aunque la expresión “metafísica positivista” resuene paradójica (sobre todo si consideramos al positivismo lógico y sus afanes por eliminar la metafísica del ámbito científico), tal y como hemos argumentado al inicio, partimos de considerar que la ciencia y cualquier otro discurso social no puede desarrollarse sin supuestos metafísicos: creer en la realidad de los datos sensibles o en las entidades numéricas es, en última instancia, elegir una perspectiva posible a nivel metafísico.



Este pasaje de su texto *La interpretación de los sueños* es clave, en la medida en que por él se cuele un posicionamiento onto-epistemológico: si bien el término inconciente refiere a una entidad realmente existente, no nos es dada la posibilidad de conocer directamente tal entidad en sí misma. Se trata justamente de una idea opuesta a las que antes consideramos como indicadores de su realismo epistemológico, pues aquí el pleno acceso cognitivo a lo existente aparece imposibilitado.

Quince años más tarde, Freud parece conservar su adhesión a la tesis del filósofo alemán:

“Así como Kant nos alertó para que no juzgásemos a la percepción como idéntica de lo percibido incognoscible [...] así el psicoanálisis nos advierte que no hemos de sustituir el proceso psíquico inconciente, que es el objeto de la conciencia, por la percepción que esta hace de él. Como lo físico, tampoco lo psíquico es necesariamente en la realidad según se nos aparece” (Freud, 1915: 167).

Intentemos sintetizar nuestras inferencias a partir del texto de Freud: por un lado su postura se asienta en un realismo ontológico, en la medida en que la noción de una realidad existente en-sí-misma e independiente del que pretende conocerla, es una constante que podemos rastrear en la mayoría de sus referencias a estos temas. Pero, por otro lado y al igual que para Kant, Freud parece considerar que la única forma posible de conocimiento, para el hombre, es la de una realidad fenoménica. Lo que sea esa realidad considerada "en sí misma", en cuanto nómeno, es decir, independientemente de nuestro modo de conocerla, es algo que está fuera de nuestro alcance.<sup>9</sup> Quizás haya sido por esto que Freud, en su intercambio epistolar con Einstein, se refirió a las teorías como mitos:

---

<sup>9</sup> Posiblemente Freud haya concebido esta posibilidad de argumentar en base a su maestro fisiólogo Ernest Brücke, quien había sido colega de Émile Du Bois-Reymond. Este último consideraba, inspirado en las ideas kantianas, dos límites absolutos al conocimiento: el problema del nexo materia-fuerza por un lado y, el problema de la conciencia en su relación con las condiciones materiales por otro. Estas ideas, enmarcadas en una tentativa por fundamentar una “psicología sin alma”, contribuían al rechazo de toda ambición metafísica del conocimiento del alma (cosa en sí); y hacían del agnosticismo un postulado necesario de toda psicología que aspirara a ser ciencia de la naturaleza (Assoun, 1982).

“acaso tenga usted la impresión de que nuestras teorías constituyen una suerte de mitología, y en tal caso ni siquiera una mitología alegre. Pero, ¿no desemboca toda ciencia natural en una mitología de esta índole? ¿Les va a ustedes de otro modo en la física hoy?” (Freud, 1933b: 194).

Podríamos considerar la idea de que el problema freudiano es aquí el de la *referencia* de los términos de sus formulaciones. Pareciera ser que nuestro autor no mantenía una posición unívoca respecto de cómo una teoría se conecta con la realidad.

El realismo epistemológico inferido a partir de lo anteriormente presentado, contrasta aquí con una perspectiva antirrealista epistemológica, de corte fenomenista.

Es por ello que Freud advierte que sólo podemos conocer, del inconciente, sus manifestaciones derivadas. Sin embargo, en este punto resulta significativa una salvedad freudiana respecto al estatuto nouménico de lo inconciente. La anteúltima cita transcripta continúa así:

“No obstante, nos dispondremos satisfechos a experimentar que la enmienda de la percepción interior no ofrece dificultades tan grandes como la de la percepción exterior, y que el objeto interior es menos incognoscible que el mundo exterior” (Freud, 1933b: 167).

¿Cómo entender esto, siendo que para Kant lo incognoscible no es cuestión de grados sino un límite absoluto?, ¿cómo entendía Freud a Kant?, ¿a qué se debe lo incognoscible del inconciente, al límite absoluto que impone una condición esencial del conocimiento o a un déficit instrumental relativo al estado metódico de su época y, por ende, perfectible? Intentar responder a cada uno de tales interrogantes implicaría un exceso a los límites de esta escrito. No obstante, queremos mostrar la profundidad del problema y la dificultad de su abordaje.

### 2. b .3. *La verdad histórica*

“el vínculo analítico se funda en el amor por la verdad, es decir, en el reconocimiento de la realidad objetiva”  
(Freud, 1937a: 249)

Según Freud, una idea, “hasta donde alcanza su desfiguración, es lícito llamarla *delirio*; y en la medida en que trae el retorno de lo pasado es preciso llamarla *verdad*” (Freud, 1939: 125). Verdad se liga, aquí, a hechos pasados y olvidados.

La tarea del analista consiste en “colegir lo olvidado desde indicios que esto ha dejado tras sí; mejor dicho: tiene que *construirlo*” (Freud, 1937b: 260). Freud identifica este trabajo de reconstrucción en análisis con el trabajo del arqueólogo “que exhuma unos hogares o unos monumentos destruidos y sepultados” (ibíd.: 261). El arqueólogo se encuentra con “objetos destruidos, de los que grandes e importantes fragmentos se han perdido irremediablemente” (ibíd.: 261), no sucede lo mismo para el psicoanalista, quien trabaja con un material en el que “todo lo esencial se ha conservado, aun lo que parece olvidado por completo; está todavía presente de algún modo y en alguna parte, sólo que soterrado, inasequible al individuo” (ibíd.: 262) Para Freud, el hecho de que el “objeto psíquico” no pueda sufrir realmente una destrucción total es un “extraordinario privilegio del trabajo analítico”. No obstante, el objeto psíquico “es incomparablemente más complicado que el objeto material del exhumador”. Freud afirma que si la meta de la arqueología es la reconstrucción, para el psicoanálisis ella es sólo una labor preliminar; o más específicamente: una labor que se realiza en alternancia con otras.

Podría pensarse que esta noción de *construcción* que Freud connota refiriéndose al trabajo del analista, tiene puntos en común con la perspectiva del *constructivismo* en lo referido a la realidad. Sin embargo, este camino encuentra su primer obstáculo en el hecho de que para Freud existen construcciones correctas e incorrectas. Siendo el elemento corroborador de una construcción la adecuación a la verdad histórico vivencial del paciente. Si la construcción no es *adecuada* entonces “el paciente queda como no tocado, no reacciona a ello ni por sí ni por no” (ibíd.: 263). Freud dirá que “si la construcción es falsa, no modifica nada en el paciente; pero si es correcta, o aporta una aproximación a la verdad, él reacciona frente a ella con un inequívoco empeoramiento de sus síntomas y de su estado general” (ibíd.: 266).

Diremos que si Freud puede hablar de una *aproximación* a la verdad es porque, aquí otra vez, la concibe como una distancia entre el saber y la realidad a la que se refiere. Realidad que permanece, aunque el analizado lo desconozca, existiendo de hecho: la verdad histórico-vivencial es un existente a ser descubierto, descifrado (y no,

como podría creerse, inventado). Las construcciones del analista se aproximan o se alejan de eso existente y, en ese sentido, son eficaces o no. De ahí que “a cada construcción la consideramos apenas una conjetura, que aguarda ser examinada, confirmada o desestimada” (ibíd.: 266).

Freud sostiene que no siempre se consigue llevar al paciente hasta el recuerdo de lo reprimido; y en lugar de ello el análisis alcanza “una convicción cierta sobre la verdad de la construcción, que en lo terapéutico rinde lo mismo que un recuerdo recuperado” (ibíd.: 267). Pero, como puede advertirse, por más que una construcción tenga la misma eficacia que un recuerdo recuperado, Freud las distingue: hecho que muestra tanto el realismo del inconsciente como su inaccesibilidad conclusiva. La construcción es un intento de “explicar y de restaurar” un “fragmento de biografía del pasado” (ibíd.: 270). Fragmento que, independientemente de la posibilidad de hacerse conciente o no, existe psíquicamente. Se comprende de este modo el sentido que para Freud tenían expresiones como la del epígrafe.

La denominada “verdad histórica”<sup>10</sup> es una expresión que conlleva cierta contradicción a nivel del sentido de los términos: si “verdad” designa la adecuación de lo enunciado a la cosa y su afán es la universalidad, el carácter “histórico” implica cierto reconocimiento de lo singular en juego. Puede decirse que esta tensión entre universalismo y nominalismo es una dimensión omnipresente en las teorizaciones de Freud. El afán legalista, propio de la ciencia moderna, se vincula aquí con la dimensión del sentido, esencialmente ideográfica. De ahí que un rasgo de la identidad epistémica freudiana sea la indisolubilidad de elementos provenientes de las tradiciones naturalista y hermenéutica en lo que refiere a su constitución metódica (Assoun, 1982).

Una posible lectura para estas contradicciones de Freud es considerar por separado los intereses implicados. Gran parte de lo dicho por Freud en clave positivista puede ser comprendido como el afán por inscribir al psicoanálisis, disciplina naciente, en el contexto legitimado de las ciencias naturales y su concepción de la ciencia.<sup>11</sup> Por otro

---

<sup>10</sup> Concepto que Freud comenzó utilizando para concebir la certeza en el delirio paranoico y que luego se extrapoló al ámbito de los mitos y a la religión monoteísta. El artículo “construcciones en análisis” del cual hemos extraído varios pasajes, representa uno de los últimos exámenes que el autor hizo sobre el tema. Allí se traza el distingo entre la verdad “histórica” y la verdad “material”.

<sup>11</sup> En este sentido, para Jaques Lacan, la vía del psicoanálisis lleva una marca esencial: “no se desprendió nunca de los ideales de ese científicismo [...] es por esta marca por la que conserva su crédito, a pesar de las desviaciones a las que se ha prestado, y esto en la medida en que Freud se opuso a esas desviaciones,

lado, quizás podamos pensar que cierta filiación implícita de Freud para con la filosofía, a la vez que los intentos de acceder a un conocimiento válido de su “descubrimiento”, lo llevaron a posturas alejadas de la racionalidad positivista; posiciones que, pese a ello, no pudieron ser enteramente asumidas por el propio Freud.

### 3. Epistemología relacional y psicoanálisis

“El conocimiento humano no es otra cosa que el esfuerzo por hacer corresponder las cosas las unas a las otras en bellas proporciones” (Giambattista Vico, 1710)

Quizás uno de los principales problemas del psicoanálisis de nuestro tiempo sea la ausencia de un ejercicio constante de reflexión epistemológica. Uno de los mayores inconvenientes que ello implica es la proliferación de perspectivas (y de dispositivos, técnicas e instrumentos) que se presumen en continuidad lineal con el pensamiento freudiano, cuando verdaderamente parten de supuestos radicalmente distintos. En este sentido, la explicitación de los fundamentos ontológicos, gnoseológicos, lógicos y éticos, deviene una tarea inexorable, tanto para la investigación como para la práctica psicoanalíticas actuales.

En lo que sigue intentaremos situar algunas hipótesis que, si bien provienen de disciplinas heterogéneas, pueden funcionar como premisas básicas para arribar a una conceptualización convergente de las ciencias del comportamiento. Ello no implica, por supuesto, negar la especificidad de cada dominio cognitivo; por el contrario, debería existir *conexión e intercambio* pero también *clausura operacional* entre ellos (Maturana, 1982).

El énfasis en el pensamiento parcelario, devenido hoy en hiperespecialización, ocurre allí donde la clausura operacional se ha entendido como cierre de fronteras sin posibilidad de intercambios entre dominios disciplinares (Lahitte *et al.*, 2005).

Partiendo de lo que ha dado en llamarse *paradigma de la complejidad* (Morin, 1994) es posible afirmar que la visión estándar de la ciencia (en la que Freud pretendió

---

siempre con una seguridad sin vacilaciones y un rigor inflexible. Prueba de ello su ruptura con su adepto

inscribir al psicoanálisis) conlleva la adopción de ciertos presupuestos que se han revelado como insuficientes para construir un conocimiento válido. *El realismo ingenuo y su lastre de objetividad, la neutralidad valorativa, la causalidad lineal, el afán reduccionista y disyuntivo, la perspectiva de un progreso acumulativo del conocimiento,* son algunos de estos tópicos que, pese a su obsolescencia, continúan en el horizonte de la mayoría de las formas de hacer ciencia en la actualidad.

Sin desconocer la diversidad de orientaciones psicoanalíticas que han pretendido situar otros puntos de partida, intentaremos en lo que sigue ubicar nuestra propia perspectiva del conocimiento científico y considerar la posibilidad de contribuir con ello a la discusión metateórica en el dominio de las ciencias comportamentales.

1) Partimos de la propia experiencia para conocer. Según Glasersfeld (1981) el argumento de los escépticos, amargó la vida de los filósofos durante 2000 años: nada podemos conocer por fuera de la propia experiencia; por más que nos esforcemos lo único que podemos hacer es comparar nuestras percepciones solamente con otras percepciones, pero nunca con algo que esté más allá de la experiencia; nunca con un objeto tal como era antes de que lo hayamos conocido. Posteriormente, Kant le agregó a esto un inquietante condimento: si tiempo y espacio no son absolutos independientes del sujeto, sino categorías de su entendimiento, entonces ya no podemos afirmar que exista objeto alguno tal como lo experimentamos (separado del resto de los objetos y como unidad entera). En ese sentido, la continuidad de la existencia de un objeto individual es siempre el producto de una operación realizada por el sujeto cognoscente y nunca se la puede explicar como una condición dada de la realidad objetiva (ibíd.). En otras palabras, toda realidad supuestamente hallada es una realidad inventada y su inventor no tiene conciencia del acto de su invención (Watzlawick, 1981).

2) Las regularidades que describimos son efecto de la comparación entre experiencias. Actos de distinción permiten situar pautas que conectan experiencias (Bateson, 1979). Pero tales regularidades no son de la naturaleza sino de nuestro modo de conocer, en interacción. En este sentido, todo lo que sea definido como una regularidad es efecto de la adjudicación de una semejanza, a partir siempre de un punto de vista no absoluto. Esto obliga a considerar que las leyes científicas no son

---

más prestigioso, Jung” (Lacan, 1972: 342).

propiedades de una naturaleza objetiva, sino el producto de una forma de ordenar nuestras experiencias.

Partiendo, con Heinz von Foerster, de que la objetividad es la ilusión de que las observaciones pueden hacerse sin un observador (Watzlawick y Krieg, 1994: 19), debemos admitir que las ideas (incluso las “científicas”) emergen de la relación del observador con lo observado (Lahitte, 1995), en el marco de un vínculo *indisociable*. Tanto la constitución del sujeto cognoscente como la conformación del referente cognoscible son efecto de un mismo proceso autopoietico (Maturana & Varela, 1998). Es por ello que al menos dos conclusiones resultan inmanentes:

a) “solo debemos reconocer, como dignas de fe, las ideas que conllevan la idea de que lo real resiste a la idea” (Morin, 2001: 30).

b) toda explicación que no involucre a quien explica no podría considerarse una explicación científica (Lahitte, *et al.*, 2005).

#### 4. El problema de la realidad

En este sentido la realidad de los fenómenos conceptualizados y abordados por el dispositivo psicoanalítico (en cualquiera de sus formas posibles) es efecto de una co-construcción singular. Construcción producida en base al intercambio experiencial de la situación analítica, de la cual analista y analizante harán un argumento historizante y explicativo.

El conocimiento que se produce en la situación analítica no puede ser, entonces, un saber sobre una substancia previamente existente en sí misma y que allí se descubre por la acción del método; sino que su constitución epistémica en el dispositivo implica la co-construcción de una realidad entre otras posibles.

En este sentido es que el psicoanálisis debe superar lo que, con Bachelard (1948) podríamos denominar “obstáculos epistemológicos” del pensamiento Freudiano. La adherencia acrítica a ciertos presupuestos que han devenido estériles es un obstáculo para la fructífera evolución de del pensamiento científico, cualquiera sea su dominio específico.

El problema de la *realidad* en el campo psicoanalítico ha sido definido desde perspectivas diversas y muchas veces contradictorias<sup>12</sup>. Sin pretender reducir la fecunda especificidad de cada programa o tradición de investigación, consideramos que un análisis de tales diferencias y similitudes es enteramente necesario. En este recorrido hemos comenzado por dilucidar los fundamentos freudianos en lo que respecta a su concepción de *realidad* y a las posibilidades de su *conocimiento*. Consideramos la posibilidad de hacer pivotear un análisis comparativo de las diversas orientaciones psicoanalíticas en base a tales ejes; teniendo como horizonte la posibilidad de dialogar y converger en la construcción de un saber transdisciplinar sobre lo humano.

### Bibliografía

- Assoun, P. L. (1982) *Introducción a la epistemología freudiana*, México: Siglo XXI.
- Bachelard, G. (1948) *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires: Argos.
- Bateson, G. (1979) *Espíritu y naturaleza*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1894) “Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias)”, en *Obras Completas*, t. III, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Freud, S. (1895) “Proyecto de psicología”, en *Obras Completas*, t. I, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Freud, S. (1900) “La interpretación de los sueños”, en *Obras Completas*, tt. IV y V, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Freud, S. (1915) “Lo inconciente”, en *Obras Completas*, t. XIV, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Freud, S. (1916) “Conferencias de introducción al psicoanálisis”, en *Obras Completas*, tt. XV y XVI, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

---

<sup>12</sup> Luego de Freud y por tomar sólo algunos ejemplos, hoy vemos que la fundamentación fenomenológica de Ricoeur culmina en conclusiones que se contradicen con la tesis del “realismo del inconciente” de



- Freud, S. (1924a) “Neurosis y psicosis”, en *Obras Completas*, t. XIX, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Freud, S. (1924b) “La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis”, en *Obras Completas*, t. XIX, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Freud, S. (1933a) “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”, en *Obras Completas*, t. XXII, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Freud, S. (1933b) “¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud)”, en *Obras Completas*, t. XIX, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Freud, S. (1937a) “Análisis terminable e interminable”, en *Obras Completas*, t. XIX, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Freud, S. (1937b) “Construcciones en el análisis”, en *Obras Completas*, t. XIX, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Freud, S. (1939) “Moisés y la religión monoteísta”, en *Obras Completas*, t. XIX, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Freud, S. (1938) “Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis”, en *Obras Completas*, t. XXIII, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Glaserfeld, E. (1981) “Introducción al constructivismo radical”, en Watzlawick *et al.*, *La realidad inventada*, Barcelona: Gedisa.
- Kuhn, T. S. (1962) *La estructura de las revoluciones científicas*, México: FCE.
- Kukla, A. (1998) *Studies in scientific realism*, Oxford: Oxford University Press
- Lacan, J. (1972) “La ciencia y la verdad”, en *Escritos I*, México: Siglo XXI, 2002.
- Lahitte, H. B. (1995) *Epistemología y Cognición*, Depto. de Teoría e Historia de la Educación, Universidad de Salamanca.
- Lahitte, H. B. *et al.* (2005) *El otro. Antropología del sujeto*, Buenos Aires: Nobuko.
- Maturana, H. (1982) *Reflexiones: ¿aprendizaje o deriva ontogenética?*, Arch. Biol. Méd. Experim., Santiago de Chile 15: 261-279.
- Maturana, H. y Varela, F. (1998) *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Morin, E. (1994) *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona: Gedisa.
- Morin, E. (2001) *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, Buenos Aires: Nueva Visión.

---

Laplanche; siendo ambas propuestas distintas a las que implica el estructuralismo de Lacan.

- Vico, G. (1710) *De Antiquissima Italorum Sapientia*, Naples: Stamperia de'Classici Latini, 1958.
- Watzlawick, P. (1981) *La realidad inventada*, Barcelona: Gedisa.
- Watzlawick, P. y Krieg, P. (eds.) (1994) *El ojo del observador*, Barcelona: Gedisa.